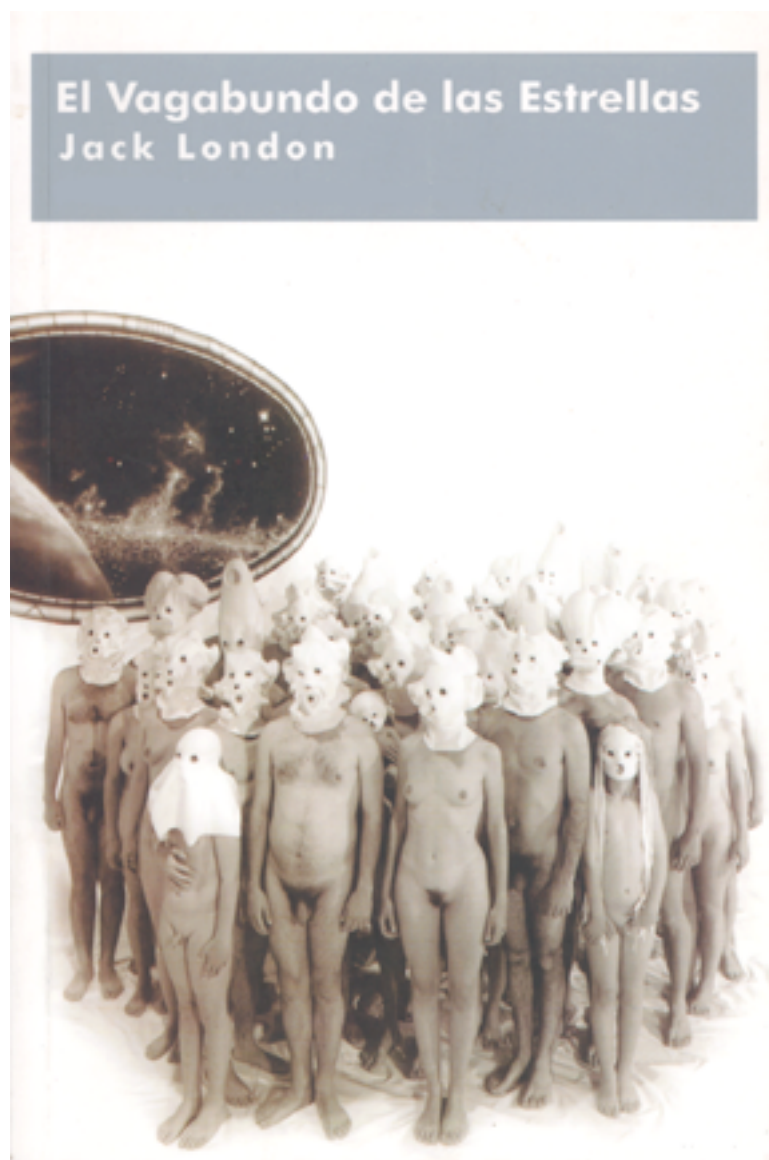


**Jack London**

**El Vagabundo  
de las  
Estrellas**

**1.**

Toda mi vida he sido consciente de la existencia de otros tiempos y de otros lugares. He sido consciente de la existencia de otras personas en mi interior. Y créame, lector, igual le ha sucedido a usted. Mire de nuevo en su niñez, y recordará esta conciencia de la que hablo como una experiencia de su infancia. Por aquel entonces usted no estaba acabado todavía, no estaba consumado. Era plástico, un alma fluctuante, una conciencia y una identidad en proceso de formación, de formación y olvido.

Ha olvidado mucho, querido lector, y aun así, al leer estas líneas, recuerda vagamente las visiones confusas de otros tiempos y de otros lugares que sus ojos de niño con temblaron. Hoy le parecen sueños. Sin embargo, aunque fuesen sueños, por tanto ya soñados, ¿de dónde surge su materia? Los sueños no son más que una grotesca mezcla de las cosas que ya conocemos. La esencia de nuestros sueños más puros es la esencia de nuestra experiencia. Cuando era niño soñó que caía de alturas prominentes; soñó que volaba por el aire como vuelan los seres alados; le turbaron arañas repulsivas y criaturas babosas de innumerables patas; oyó otras voces, vio otras caras

inquietantemente familiares, y contempló amaneceres y puestas de sol distintos a los que hoy, al mirar atrás, sabe que ha contemplado.

Bien. Estas visiones infantiles son visiones de ensueño, de otra vida, cosas que nunca había visto en la vida que ahora está viviendo. ¿De dónde surgen, pues? ¿De otras vidas? ¿De otros mundos? Quizá, cuando haya leído todo lo que voy a escribir, encontrará respuesta a las incógnitas que le he planteado y que usted mismo, antes de llegar a leerme, se había planteado también.

Wordsworth lo sabía. No era un profeta ni un vidente, sino un hombre normal y corriente como usted o como cualquier otro. Lo que él sabía, lo sabe usted y lo sabe cual quiera. Pero él lo expuso más acertadamente en aquel poema que comienza así: *“Ni en la completa desnudez, ni en el olvido total...”*

Sí, es cierto que los recuerdos de la casa-prisión se ciernen sobre nosotros, los recién nacidos, y que todo lo olvidamos demasiado rápido. Y aún así, de recién nacidos, sí que recordábamos aquellos otros tiempos y lugares. Nosotros, niños indefensos, sujetos en brazos o arrastrándonos a cuatro patas por el suelo, soñábamos que volábamos, muy alto, por el aire. Sí, y soportábamos el tormento de aterradoras pesadillas de seres oscuros y monstruosos. Nosotros, niños recién nacidos sin ninguna experiencia, nacimos con el miedo, con el recuerdo del miedo; y el recuerdo es la experiencia.

En cuanto a mí, ya en los principios de mi vocabulario, a una edad tan tierna que todavía expresaba mediante ruidos que quería dormir o comer, sabía que había sido un vagabundo de las estrellas. Sí, yo, cuyos labios nunca habían pronunciado la palabra “rey”, recordaba que una vez había sido el hijo de un rey. Más aún, recordaba que una vez había sido esclavo, e hijo de un esclavo, y que había llevado alrededor del cuello un collar de hierro.

Y todavía más. Cuando tenía tres años, y cuatro, y cinco años, no era yo mismo todavía. Era solamente una transformación en curso, un flujo del espíritu todavía caliente en el molde de mi carne. Durante ese tiempo, todo lo que había sido en mis diez mil vidas anteriores se entremezcló con el flujo de mi espíritu, en un esfuerzo por incorporarse a mí.

Estúpido, ¿verdad? Pero recuerde, lector, con quien espero viajar lejos a través del tiempo y del espacio, recuerde que he pensado mucho sobre todo esto; que a lo largo de insoportables noches, a través de una angustiada oscuridad que duró años y años, he estado a solas con mis muchas identidades y he podido contemplarlas y examinarlas. He atravesado toda clase de infiernos para traerle las noticias que usted compartirá conmigo en esta hora, mientras lee mis páginas.

Y volviendo a lo anterior, decía que a los tres, cuatro o cinco años, no era yo mismo todavía. Estaba solamente brotando, mientras tomaba forma en el molde de mi cuerpo, y todo el poderoso e indestructible pasado se las arregló para determinar cuál sería el destino de aquella evolución. No fue mi voz la que gritó en la noche por temor a cosas de sobra conocidas, pero que yo, en verdad, no conocía ni podía conocer. Igual ocurría con mis rabietas de niño, con mis llantos y con mis risas. Otras voces gritaban a través de mi voz, las voces de hombres y mujeres de otras épocas, de mis antepasados ocultos entre sombras. Y el gruñido de mi rabia se fundía con los gruñidos de bestias más antiguas que las montañas; y los dementes ecos de mi histeria infantil, con todo el rojo de su ira, se mezclaban con los gritos estúpidos e insensatos de bestias prehistóricas anteriores a Adán.

Y aquí se descubre el secreto. ¡La ira roja! Me ha aniquilado en ésta, mi vida presente. Por culpa de ella, dentro de unas semanas seré llevado desde esta celda hasta un lugar más alto, de suelo inestable, coronado por una larga soga; y allí me colgarán

del cuello hasta que muera. La ira roja ha podido conmigo en todas mis vidas, porque ella ha sido mi desgraciada e infortunada herencia desde los tiempos del gran pantano, antes de que el mundo despertase.

Ya es hora de que me presente. Ni estoy loco ni soy un lunático. Quiero que usted lo sepa, para que así crea los hechos que pretendo narrarle. Soy Darrell Standing. Algunos de ustedes, al leer este nombre, me habrán reconocido de inmediato. Pero para la mayoría, permítanme que exponga mi caso.

Hace ocho años yo era catedrático de agronomía en la Facultad de Agricultura de la Universidad de California. Hace ocho años, el aletargado pueblo de Berkeley se conmocionó con el asesinato del catedrático Haskell en uno de los laboratorios del departamento de mineralogía. Darrell Standing fue el asesino.

Yo soy Darrell Standing. Me encontraron con su sangre todavía en las manos. No voy a discutir sobre lo justo o lo injusto de este asunto con el profesor Haskell. Fue una cuestión privada. El caso es que, en un ataque de furia, cegado por la misma ira roja que me ha maldecido durante todos estos años, maté a mi compañero. Las pruebas del tribunal demuestran que lo hice; y, por una vez, estoy conforme con el tribunal.

No, no me van a ahorcar por este asesinato. Me condenaron a cadena perpetua. Por entonces yo tenía treinta y seis años. Ahora tengo cuarenta y cuatro. He pasado estos ocho años en San Quintín, la cárcel estatal de California. Cinco de esos años los pasé en la oscuridad, "aislamiento total", así lo llaman. Los hombres que son capaces de soportarlo lo llaman la muerte en vida. Pero durante esos cinco años conseguí ser más libre de lo que muchos hombres han llegado a ser nunca. A pesar de hallarme incomunicado, no sólo fui capaz de viajar más allá de los muros, sino también de viajar por el tiempo. Aquéllos que me encerraron durante esos insignificantes años me regalaron, sin ni tan siquiera ser conscientes de ello, el esplendor de los siglos. La verdad es que, gracias a Ed Morrell, fui un vagabundo de las estrellas durante cinco años. Pero Ed Morrell es otra historia. Le hablaré de él un poco más adelante. Tengo tanto que decir que apenas sé cómo empezar.

Bien, comencemos. Nací en una región de Minnesota. Mi madre era la hija de un inmigrante sueco. Se llamaba Hilda Tonnesson. Mi padre se llamaba Chauncey Standing, de ascendencia americana. Uno de sus antepasados era Alfred Standing, un sirviente, o si lo prefieren un esclavo, que llegó desde Inglaterra hasta las plantaciones de Virginia hace ya mucho tiempo, mucho antes de que el joven Washington explorara los páramos desiertos de Pennsylvania.

Uno de los hijos de Alfred Standing luchó en la Revolución; uno de sus nietos, en la Guerra de 1812. No ha habido desde entonces una guerra en la que no haya tomado parte alguno de los Standing. Yo, el último de los Standing, que moriré muy pronto y sin descendencia, luché como soldado raso en Filipinas, nuestra última guerra, y para ello renuncié, en plena ascensión de mi carrera, a mi cátedra en la Universidad de Nebraska. ¡Santo Cielo, cuando renuncié iba camino de convertirme en decano de la Facultad de Agricultura de aquella universidad; yo, el vagabundo de las estrellas, el ferviente aventurero, el Caín peregrino de los siglos, el sacerdote de los tiempos más remotos, el eterno poeta que sueña con la luna, y que será olvidado por los hombres!

Y aquí estoy, con las manos manchadas de sangre en la Galería de los Asesinos, en la cárcel estatal de Folsom, esperando el día decretado por la maquinaria del Estado para que sus esbirros me envíen lejos de aquí, a lo que ellos ingenuamente creen que es la oscuridad, la oscuridad que temen, la oscuridad que puebla sus fantasías de supersticiones y terrores, la oscuridad que les conduce, balbucientes y quejumbrosos, ante los altares de sus dioses antropomórficos creados por el miedo.

No, jamás seré decano de ninguna facultad de agricultura. Y sabía mucho de agricultura. Era mi profesión. Nací para ello, me crié para ello, me eduqué para ello; y era todo un experto. Era mi especialidad, mi don. Puedo saber a simple vista qué vaca produce leche con mayor porcentaje de nata, y dejar que el test de Babcock verifique la exactitud de mis pronósticos. Con sólo mirar un paisaje, sin fijarme en el suelo, puedo enumerar las virtudes y deficiencias del terreno. No necesito papel tornasol para determinar si la tierra es ácida o alcalina. Repito, la buena administración de los campos, en términos científicos, era y sigue siendo mi don. Y aún así el Estado, que representa a todos sus ciudadanos, cree que puede acabar con todos mis conocimientos colocándome una soga alrededor del cuello y colgándome; ¡toda mi sabiduría, incubada a través de los siglos, fraguada mucho antes de que los primeros rebaños nómadas pastaran en los campos de Troya!

¿Maíz? ¿Quién conoce el maíz mejor que yo? Wistar es la mejor prueba de ello; allí incrementé la producción anual de maíz de cada condado de Iowa en medio millón de dólares. Esto es historia. Muchos de los cosecheros que conducen hoy en día su automóvil saben quién hizo posible ese automóvil; muchas chicas y chicos se inclinan sobre sus libros de texto en los institutos, esos pequeños sueños que yo hice realidad; todo ello fue posible gracias a mis estudios sobre el maíz en Wistar.

¡Y la gestión de una granja! Soy capaz de calibrar el derroche de actividad sin estudiar ninguno de sus registros, tanto de la granja como de la mano de obra, la distribución de los edificios o la distribución del trabajo. Ahí están los cuadernos y las gráficas. Sin la menor duda, en este mismo instante cien mil granjeros se estarán estrujando la cabeza delante de sus páginas antes de apagar sus pipas e irse a la cama. Sin embargo, yo no necesitaba gráficas ni cuadernos; con sólo mirar a un hombre era capaz de conocer su predisposición, su coordinación y la fracción del índice de toda la actividad que derrochaba.

Y debo dar término aquí al primer capítulo de mi narración. Son las nueve en punto, y en la Galería de los Asesinos eso significa que se apagan las luces. Ahora mismo estoy oyendo el blando caminar de los zapatos de goma del guardia, que viene a reprenderme porque mi lámpara sigue aún encendida. ¡Como si los vivos pudieran censurar a un condenado a muerte!

## 2.

Soy Darrell Standing. Muy pronto me sacarán de aquí para ahorcarme. Mientras tanto, digo lo que tengo que decir y escribo sobre otros tiempos y otros lugares en estas páginas.

Tras conocer mi sentencia, vine a pasar el resto de mi vida a la prisión de San Quintín. Resulté ser un incorregible. Un incorregible es un ser humano horrible; al menos esa es la connotación que tiene esta palabra en la psicología carcelaria. Me convertí en un incorregible porque detestaba el derroche de actividad. Aquella cárcel, como todas las cárceles, era un escándalo, una afrenta al ahorro de esfuerzo. Me destinaron a los telares de hilo, donde la descomunal pérdida de tiempo y energía no tardó en irritarme. Y era lógico que me irritase tanto, dado que el control y la eliminación del derroche de actividad eran mi especialidad. Antes de que se inventasen los telares a vapor, hace tres mil años, ya me había podrido en prisión en la antigua Babilonia, y créame, no miento cuando afirmo que en la Antigüedad nosotros, los esclavos, tejíamos en telares manuales con más eficacia que los presos en las salas de telares a vapor de San Quintín.

Aquel estúpido derroche de energía era inaceptable, y me rebelé. Traté de enseñar a los guardias otros métodos mucho más eficaces. Como pago, fui amonestado, arrastrado al calabozo y privado de luz y de alimento. Al salir, intenté trabajar entre el caos y la total incompetencia de las salas de telares. Me rebelé de nuevo, y volví una vez más al calabozo, y esta vez me pusieron la camisa de fuerza, me colgaron de los pulgares y fui golpeado por guardias estúpidos cuya inteligencia apenas alcanzaba para intuir que yo era diferente a ellos, y no tan imbécil como suponían.

Durante dos años soporté esta persecución estúpida. Es horrible para un hombre estar completamente atado y ser roído por las ratas. Porque aquellas bestias estúpidas, los guardias, eran ratas, me roían la inteligencia, roían los nervios sanos de mi espíritu y de mi conciencia. Y yo, que en el pasado había sido el más bravo luchador, en esta vida presente no conservaba ya nada de aquello. Yo era un granjero, un ingeniero agrónomo, un catedrático atado a su escritorio, un esclavo del laboratorio, interesado solamente en la tierra y en el aumento de su productividad.

Luché en Filipinas porque esa era la tradición de los Standing. No tenía habilidad para la lucha. Me resultaba demasiado ridículo introducir sustancias extrañas y nocivas en los cuerpos de aquellos pequeños hombres negros. Era grotesco contemplar cómo la Ciencia prostituía todo el poder de sus logros y el ingenio de sus inventores, para introducir violentamente aquellas sustancias en los cuerpos de los habitantes de los pueblos negros.

Como decía, siguiendo la tradición de los Standing, fui a la guerra y vi que no tenía habilidad ninguna para ella. Y esto mismo descubrieron mis oficiales, que me hicieron auxiliar de intendencia; y como auxiliar, desde un escritorio, luché en la Guerra Hispanoamericana.

Por tanto, no fue por ser un luchador, que no lo era, sino por ser un pensador y porque me irritaba el derroche de energía de las salas de telares, por lo que fui incorregido por los guardias una y otra vez, hasta que lograron convertirme en un incorregible. Mi cerebro funcionaba, y fui castigado por su funcionamiento. Así se lo dije al alcaide Atherton, cuando mi actitud se había vuelto tan insoportable que me arrastraron hasta su oficina y me tiraron sobre su alfombra; así le dije entonces:

-Sería absurdo suponer, querido alcaide, que esas ratas que usted tiene como centinelas puedan arrancar de mi cabeza algo tan obvio para cualquiera. La organización de esta cárcel es estúpida. Usted no es más que un político. Es posible que haya sido capaz de manejar a todos los responsables del entramado electoral de San Francisco para lograr un puesto como el que ahora ocupa; pero no sabe tejer yute. Sus telares están cincuenta años atrasados...

Pero, ¿para qué continuar con el sermón? Le demostré lo estúpido que era, y como resultado él decidió que yo era un incorregible incurable.

Ya lo dice el refrán, cría fama... Pues bien, el alcaide Atherton acabó justificando mi mala fama. Se lo puse muy fácil. Cargaron sobre mí las faltas de muchos de los otros convictos, y pagué por ellas en el calabozo, a pan y agua, colgado de los pulgares, de puntillas, durante largas horas, muchas de ellas más largas que cualquiera de las vidas que he vivido nunca.

Los hombres inteligentes son a menudo crueles. Los hombres estúpidos son monstruosamente crueles. Los guardias y los hombres que había a mi alrededor, los hombres de Atherton, eran monstruos estúpidos. Ponga atención y sabrá lo que me hicieron. Había un poeta en la cárcel, uno de los reclusos, un degenerado de mentón hundido y frente amplia. Era un impostor. Un cobarde desalmado. Un cerdo soplón. Una basura. Sé que puede parecer extraño que un catedrático de agronomía emplee

estas palabras, pero uno aprende muchas barbaridades cuando está condenado a pasar en la cárcel el resto de su vida.

El nombre de este poeta impostor era Cecil Winwood. No era la primera vez que le condenaban, y aún así, como era un perro cobarde y llorón, su última sentencia fue de sólo siete años. Sus méritos habían reducido considerablemente su condena. La mía era para toda la vida. Y este degenerado miserable, desesperado por ganar unos cuantos años de libertad, logró añadir una buena porción de eternidad a mi condena.

Le contaré lo que ocurrió, aunque yo mismo no llegué a entenderlo hasta más tarde. Este Cecil Winwood, en un intento por conseguir los favores del capitán de patio de la prisión, y así los del alcaide, el gobernador de la cárcel, el consejo de dirección y el gobernador de California, organizó una fuga. Ahora fijese en tres cosas: en primer lugar, Cecil Winwood era tan odiado por sus compañeros que no le habrían permitido que apostara ni siquiera una onza de tabaco Bull Durham en las carreras de chinchas, y las carreras de chinchas eran el pasatiempo preferido de los convictos; en segundo lugar, yo gozaba de la peor fama de todo el penal; y en tercer lugar, para su plan, Cecil Winwood necesitaba condenados de por vida como yo, con mala fama, desesperados e incorregibles.

Pero los condenados a cadena perpetua detestaban a Cecil Winwood, y cuando éste se les acercó con su maravilloso plan de fuga, se rieron y se alejaron de él, pues sabían que no era más que un maldito soplón. Pero al final les engañó, logró embaucar a cuarenta de los más desalmados de la cárcel. Se les acercó una y otra vez. Les contó que, gracias a su trabajo de ordenanza, tenía cierta influencia en la oficina, lo que le facilitaba el acceso permanente a la enfermería.

-Demuéstralo -dijo Long Bill Hodge, un montañés condenado a cadena perpetua por el asalto a un tren, y que estaba obsesionado por escaparse para poder matar al que fuera su compañero en el asalto, que le había acusado con pruebas en su contra.

Cecil Winwood aceptó el reto. Aseguró que podía drogar a los guardias la noche de la fuga.

-Hablar es gratis -dijo Long Bill Hodge-. Lo que queremos son hechos. Droga a uno de los guardias esta noche. Hoy estará Barnum. Es un auténtico cerdo. Ayer le dio una paliza al pobre Chink en el pasillo, y además estando fuera de servicio. Hoy le toca el turno de noche. Drógale y haz que pierda su trabajo. Si lo consigues, hablaremos contigo.

Long Bill me contaría todo esto más tarde en el calabozo. Cecil Winwood se quejó de la urgencia con que le apremiaban. Pidió que le dejaran algo de tiempo para poder robar la droga de la enfermería. Se lo concedieron, y una semana más tarde anunció que estaba preparado. Cuarenta condenados a cadena perpetua esperaron a que el guardia Barnum cayera dormido durante su turno. Y Barnum se durmió. Le pillaron y fue despedido al día siguiente.

Por supuesto, aquello convenció a los presos. Pero le quedaba por convencer al capitán de patio de la cárcel. Para ello, Cecil Winwood le ponía diariamente al tanto del progreso de la fuga, todo imaginado e inventado por él. El capitán de patio exigió pruebas y Winwood se las dio. Yo no me enteraría de todos los detalles hasta un año más tarde; tal es la lentitud con que se filtran los secretos dentro del penal.

Winwood aseguraba que los cuarenta hombres de la fuga, que confiaban en él, contaban ya con tanto poder en la prisión que se disponían a introducir armas automáticas con la ayuda de los guardias a los que habían sobornado.

-Demuéstramelo -debió exigirle el capitán de patio.

Y el poeta impostor se lo demostró. En la panadería, el trabajo nocturno era algo habitual. Uno de los presos, un panadero, se encargaba del primer turno de noche. Era un soplón del capitán de patio, y Winwood lo sabía.

-Esta noche -le dijo al capitán-, Summerface pasará una docena de automáticas del 44. La próxima vez que salga traerá la munición. Pero esta noche me entregará las automáticas en la panadería. Allí dentro tiene usted un soplón. Mañana le pasará su informe.

Summerface era uno de esos típicos guardias paletos, procedía de la región de Humboldt. Era un imbécil ingenuo y de buen carácter, que tan sólo trataba de ganarse unos dólares traficando tabaco entre los convictos. Aquella noche, a la vuelta de un viaje a San Francisco, trajo consigo siete kilos de excelente tabaco. Ya lo había hecho antes, y solía entregar la mercancía a Cecil Winwood. Así que aquella noche, ingenuamente, le entregó su carga en la panadería. Se trataba de un pesado fardo de inocente tabaco envuelto en papel. El panadero soplón, oculto, vio cómo entregaban el paquete a Winwood, y a la mañana siguiente se lo comunicó al capitán de patio.

Pero entonces la imaginación desbocada del poeta impostor le jugó una mala pasada. Él fue el responsable de un estúpido error que me costó cinco años de encierro en la más absoluta soledad, en esta condenada celda desde la que ahora escribo. Y durante todo aquel tiempo no supe nada al respecto. Ni siquiera sabía del plan de fuga con el que había engatusado a los cuarenta condenados a cadena perpetua. No sabía nada, absolutamente nada. Y los demás sabían muy poco. Los presos ignoraban que se la estaban jugando.

El capitán de patio ignoraba que también se la estaban jugando. Y Summerface era el más inocente de todos.

Volvamos al estúpido descuido de Cecil Winwood. A la mañana siguiente, cuando se encontró con el capitán de patio, se sentía triunfante. Su imaginación era imparable.

-Muy bien, la mercancía entró tal como habías dicho -le felicitó el capitán de patio.

-Y hay suficiente como para hacer volar por los aires media prisión -dijo Winwood.

-¿Suficiente qué? -preguntó el capitán.

-Dinamita y detonadores -recitó el loco-. Diecisiete kilos. Su soplón vio cómo Summerface me lo entregaba.

Y el capitán de patio casi sufrió un infarto allí mismo. La verdad es que ahora no puedo más que compadecerle... ¡Diecisiete kilos de dinamita perdidos en la cárcel!

Dicen que el capitán Jamie -ese era su apodo- se sentó y estuvo un buen rato con la cabeza entre las manos.

-¿Dónde está? -gritó-. ¡La quiero! ¡Llévame hasta ella inmediatamente!

Y justo entonces, Cecil Winwood se dio cuenta del error que había cometido.

-La enterré -mintió, y no tenía más remedio, porque hacía mucho tiempo que había distribuido entre los reclusos los pequeños paquetes de tabaco.

-Muy bien -dijo el capitán Jamie-. Llévame allí ahora mismo.

Pero no había explosivos enterrados a los que pudiera llevarle. No existían, ni habían existido más que en la imaginación del desgraciado Winwood.

En una prisión tan grande como San Quintín siempre hay lugares para esconder cosas. Y mientras Cecil Winwood guiaba al capitán Jamie tuvo tiempo de sobra para pensar algo.

Como declararían más tarde el capitán y el propio Winwood ante el Tribunal de Gracia, de camino al supuesto escondite el poeta aseguró que él y yo habíamos ente-



rrado juntos la pólvora. ¡Y yo, recién liberado tras cinco días en el calabozo y ochenta horas en la camisa de fuerza, cuando incluso los estúpidos guardias podían ver que me encontraba demasiado débil como para trabajar en la sala de telares, yo, que había conseguido un día libre para recuperarme de un castigo terrible, fui acusado de haber escondido junto a él los diecisiete kilos del explosivo inexistente!

Winwood condujo al capitán Jamie hasta el supuesto escondite. Por supuesto, no encontraron ni rastro de la dinamita.

-¡Dios mío! -mintió Winwood-, Standing me la ha jugado. La ha desenterrado y la ha escondido en algún otro sitio.

El capitán de patio se entretuvo en soltar exclamaciones bastante más sinceras y violentas que aquel "¡Dios mío!". Después, lleno de ira, aunque con una absoluta sangre fría, se llevó a Winwood a su oficina privada, cerró todas las puertas, y le dio una formidable paliza. Todo salió a la luz ante el Tribunal Supremo. Pero eso fue más tarde. En aquel momento, incluso mientras recibía la paliza, Winwood juraba que todo lo que había contado era cierto.

¿Qué podía hacer el capitán Jamie? Estaba convencido de que había diecisiete kilos de dinamita ocultos en la cárcel y cuarenta condenados a cadena perpetua, desesperados, a punto de fugarse. Naturalmente, se encaró con Summerface, y, aunque éste repetía una y otra vez que el paquete contenía tabaco, Winwood juraba que era dinamita, y el capitán le creyó.

Y es ahora cuando entro yo, o mejor, cuando salgo, porque me apartaron del sol y de la luz del día para encerrarme en los calabozos, y allí, en las celdas de aislamiento, lejos del sol y de la luz del día, estuve pudriéndome durante cinco años.

No entendía nada. Acababan de sacarme del calabozo, estaba todavía exhausto y dolorido en mi celda habitual, cuando me llevaron de nuevo al agujero.

-Y ahora -le dijo Winwood al capitán Jamie-, aunque no sabemos dónde se encuentra la dinamita, al menos está segura. Standing es el único que sabe donde está, y no saldrá ni una palabra suya del calabozo. Los hombres están listos para la fuga. Podremos cazarles in fraganti. Soy yo quien ha de dar la señal. Les diré que será esta noche a las dos en punto y que, después de haber drogado a los guardias, abriré las celdas y les entregaré las automáticas. Si a las dos en punto de esta noche no sorprende a los cuarenta hombres, cuyos nombres le daré, vestidos y despiertos, entonces, capitán, puede tenerme incomunicado el resto de mi condena. Y una vez tengamos a Standing y a los otros cuarenta encerrados en los calabozos, dispondremos de todo el tiempo del mundo para encontrar la dinamita.

-Aunque tengamos que derribar la cárcel piedra a piedra -añadió con entusiasmo el capitán Jamie.

Hace ya seis años de aquello. Durante todo este tiempo no han logrado encontrar los explosivos, y han puesto la prisión patas arriba cientos de veces buscándolos. Y aún así, hasta el último día que estuvo en su puesto, el alcaide Atherton siguió creyendo en la existencia de la dinamita. Incluso ahora, el capitán Jamie, quien todavía es capitán de patio, cree que la dinamita está oculta en algún lugar de la cárcel. Ayer mismo, en un último esfuerzo, vino desde San Quintín hasta Folsom para tratar de hacerme confesar. Sé que no vivirá tranquilo hasta que me cuelguen.

### 3.

Todo aquel día permanecí en el calabozo estrujándome los sesos para averiguar la razón de este nuevo e inexplicable castigo. Pensé que algún soplón me habría culpado de algo con la intención de ganarse el favor de los guardias.

Mientras tanto, el capitán Jamie, impaciente, se preparaba para la noche, y Winwood corría la voz entre los cuarenta condenados de que estuvieran listos para la fuga. Dos horas después de medianoche todos los guardias de la prisión estaban avisados y en sus puestos. Esto incluía a los del turno de día, que deberían haber estado durmiendo. Cuando dieron las dos en punto, se abalanzaron sobre las celdas de los cuarenta hombres. Estaban perfectamente sincronizados. Se abrieron todas las celdas al mismo tiempo, y todos los hombres que Winwood había nombrado, sin excepción, fueron sorprendidos fuera de sus literas, completamente vestidos y agazapados justo al otro lado de la puerta.

Por supuesto, esto corroboró la sarta de mentiras que el poeta impostor había dispuesto para el capitán Jamie. Los cuarenta reclusos fueron descubiertos cuando estaban a punto de fugarse. No sirvió de nada que todos protestaran y acusaran a Winwood de haber planeado la fuga. Los responsables de la cárcel prefirieron creer a un solo hombre y decidieron que los cuarenta presos mentían con el fin de salvarse. El Tribunal de Gracia también lo creyó, y tres meses más tarde Cecil Winwood, impostor y poeta, el más despreciable de los hombres, fue indultado y puesto en libertad.

Y es que la trena, como llaman los presos a la cárcel, es una verdadera escuela de filosofía. Ningún recluso puede pasar en ella muchos años sin que se desmoronen sus ilusiones más elementales. La verdad prevalece -nos enseñan- y el crimen siempre sale a la luz. Pues bien, esto es una excelente prueba de que el crimen no siempre sale a la luz. El capitán de patio, el alcaide Atherton, el Consejo de Dirección de la cárcel, todos ellos creen en aquella dinamita que nunca existió más que en la turbia mente del degenerado impostor y poeta, Cecil Winwood. Y Cecil Winwood todavía vive, mientras que yo, el único inocente, subiré al patíbulo dentro de unas semanas.

Y ahora debo relatar cómo irrumpieron los cuarenta presos en la quietud de los calabozos. Estaba durmiendo cuando la puerta exterior que da al pasillo de la galería se abrió con un chirrido y me despertó.

-Algún pobre diablo -me dije; y pensé que le estarían dando una buena tunda, pues oía el sonido de unos pies agitándose, el impacto sordo de los golpes sobre la carne, los repentinos gritos de dolor, los gruñidos, maldiciones y el ruido de cuerpos arrastrados.

Una tras otra, las puertas de los calabozos se abrieron con violencia, y uno tras otro fueron metiendo los cuerpos a empujones, arrojándolos o arrastrándolos. Y continuamente llegaban grupos de celadores con más reclusos apaleados a quienes seguían maltratando, y se abrían las puertas de más calabozos para recibir los ensangrentados cuerpos de unos hombres cuyo único delito había sido ansiar su libertad.

Sí, ahora que pienso en ello, uno ha de ser un gran filósofo para sobrevivir al continuo impacto de experiencias tan brutales como ésta a lo largo de los años. Yo soy uno de esos filósofos. He soportado su tormento durante ocho años y ahora, tras haber fracasado en su intento por librarse de mí por otros medios, han invocado a la maquinaria del Estado para atar una soga alrededor de mi cuello y cortarme el aliento con el peso de mi propio cuerpo. Sí, ya sé que los expertos dicen que el cuello de la víctima se rompe al caer por la trampilla. También sé que las víctimas, como el viajero de Shakespeare, nunca regresan para testificar lo contrario. Pero los que hemos vivido en la cárcel sabemos, a pesar del silencio, de casos en los que el cuello de la víctima no se rompe.

Es algo muy curioso esto de colgar a un hombre. Nunca he visto un ahorcamiento, pero algunos testigos me han contado los detalles de docenas de ellos, de manera que sé lo que me va a ocurrir. De pie en la trampilla, atado de pies y manos, con el

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

